

LA ESTRATEGIA IMPERIAL: GUERRA Y MERCADO GLOBAL

Por: Lilia Solano

Introducción

En su controvertido análisis sobre el imperio, Negri y Hardt sostienen que uno de los cuatro rasgos distintivos del imperio es su pretensión de conseguir, garantizar y sostener la paz.¹ Por esta razón el vocablo latino *pax* se ha convertido en una marca indeleble que portan por doquier los diferentes imperios que se han dado en la historia, obviamente después del romano.

En efecto, la historia demuestra que una vez un centro hegemónico consigue dominar el mundo por él conocido y ambicionado, sobreviene una era de paz. Su manutención es el resultado de combinar medidas económicas que aseguren prosperidad, con medidas punitivas y represivas que mantengan bajo control las fuerzas que podrían atentar contra el orden establecido. Quiere decir, entonces, que la dominación tiene que superar los ámbitos belicistas y económicos para incluir lo jurídico y cultural. A fin de que un determinado imperio pueda garantizar paz y prosperidad debe contar con la legitimidad necesaria para concitar el acatamiento de todos los estamentos, asociaciones, órdenes e individuos que se congregan a su sombra, sea por conveniencia o sumisión forzada.

Se puede decir que, en el fondo, la dominación imperial implica una pelea a muerte por el poder mundial; una lucha que alcanzó ribetes de madurez en el siglo XX. El conflicto se debe a que el orden de paz no implica ningún remanso apacible, sino que esconde las pretensiones, propuestas y luchas de otros actores. A diferencia del imperio romano, los imperios modernos no sólo se las tienen que ver con facciones bárbaras que pretenden invadirlo para minarlo por dentro, sino que se enfrentan a actores iguales, a *pares* que le disputan su hegemonía. Así, por ejemplo, al comienzo del siglo XX Estados Unidos ya rivalizaba con Europa (léase Gran Bretaña) por la dominación el mundo y exigía ser tenido en cuenta en su repartición. En forma similar, guardadas las proporciones históricas, las actuales dinámicas macroeconómicas que buscan darle el protagonismo mayor a los grandes conglomerados capitalistas transnacionales, responden a luchas que apuntan a asegurar la hegemonía

¹ Toni Negri y Michael Hardt, *Imperio*, Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2001, página 46.

para un solo centro de poder.² Sin embargo, el presente estadio de la acumulación de capital, con la intensificación de sus modos de producción a escala global, no consigue excluir las luchas de resistencias que se yerguen contra las pretensiones dominadoras de los centros de poder. Algunos observadores sostienen que el clima globalizador de hoy conduce a un “florecimiento de los movimientos sociales”³ que se empeñan en negarle al neoliberalismo su atributo totalizador.

El presente ensayo sostiene que la estrategia imperial actual se dinamiza en torno a la guerra y los mercados, ambos a escala global, y sobre ellos busca instalar un ordenamiento de paz. Guerra y mercado son realidades que se exigen mutuamente y se complementan.⁴ Puesto que esta es una aseveración ampliamente compartida, el propósito de la presente reflexión no es girar en torno a un discurso que descansa en un consenso amplio, sino mostrar la incidencia concreta de esa estrategia en América Latina.

La estrategia bélico-mercado-céntrica exige la manufactura de alianzas y enemistades. Irónicamente, desde una perspectiva imperial,⁵ sin la presencia de un enemigo no se pueden ni siquiera proponer horizontes de paz y prosperidad. Al final de cuentas, debe aclararse contra quién apuntan las baterías y a beneficio de quién. En ese contexto cobra nuevo sentido el carácter competitivo de la lucha por los mercados para aterrizarla en el terreno de franca estrategia militar. Como resultado, los avances tecnológicos, la sofisticación de la herramienta y la depuración de los procesos de producción nos están conduciendo a lo que David Noble llama “un progreso desprovisto de pueblo,”⁶ es decir, vacío de actores sociales que se asuman como tales.

² Este es uno de los varios puntos en los que hay distanciamiento con el argumento de Negri y Hardt, quienes niegan que Estados Unidos pueda tener protagonismo imperial alguno habida cuenta de la preponderancia de la corporación transnacional.

³ François Houtart, *Crisis del Neoliberalismo y Recreación de las Luchas de los Pueblos*, Benito Martínez (comp.), Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003, página 108.

⁴ Alejandro Moreno, “La Guerra Perpetua por la Hegemonía Imperial,” en Alejandra Adoum y Magdalena León (eds.), *Invasión a Iraq: La Guerra Contra la Humanidad*, Quito: FEDAEPS y FSM-Ecuador, 2003, páginas 29-41.

⁵ Para una definición de *imperio* es lamentable que Negri y Hardt desconozcan los componentes de mando centralizado y territorialidad (*op. cit.*, páginas 44-45). Al menos desde América Latina es muy difícil negar que los destinos del continente se rijan desde la Casa Blanca, y que toda la región sea el espacio físico donde Estados Unidos ejerce su hegemonía. Con todo y que se reconoce que el mismo aparato estatal estadounidense es un instrumento del capital transnacional, en este trabajo ese país del norte, recibe el tratamiento del imperio. Al final de cuentas, el capital transnacional se conjuga en lo que se denomina *Corporate America*, así los socios mayoristas residan en o sean ciudadanos de otros países.

⁶ David Noble, *Progress Without People: New Technology, Unemployment and the Message of Resistance*, Toronto: BTL, 1995. Aunque el peso de la crítica de Noble apunta a los mismos activistas sociales y a la izquierda en general en Norteamérica por perder de vista en sus análisis al actor principal de la producción, esto es, el obrero, para preferir los procesos de producción, sus argumentos son aplicables a la comprensión de una crítica al gran capital transnacional.

Estrategia imperial: la invención del enemigo⁷

Un punto de partida de alto valor para considerar la estrategia imperial que se manifiesta en la combinación bélica y la conquista y consolidación de mercados es considerar una constante en los imperios que escapó al análisis de Negri y Hardt. Se trata de la capacidad que tienen los imperios para manufacturar enemistades y alianzas. Posiblemente sin tener una conciencia clara de que le están dando la razón a sus críticos, los tecnoburócratas del aparato imperial confirman las sospechas de que, en efecto, una lucha por la hegemonía mundial no es posible sin una iconografía conveniente. Bástenos escuchar, por ejemplo, a Robert B. Reich, quien fue ministro durante la administración de Bill Clinton, cuando se refería al panorama del mundo luego del colapso de la Unión Soviética:

“Ahora que se ha superado la amenaza soviética tenemos que reconstruir la nación. Pero sin ese peligro externo nos puede faltar la identificación necesaria para salir adelante... la necesidad de acumular nuestras defensas contra la abrumadora amenaza que el estalinismo representaba para la civilización occidental, ordenaba las cosas con más facilidad.”⁸

La invención del enemigo es un mecanismo que surge del carácter violento de toda institución.⁹ La nobleza de una institución depende del sacrificio que apuntale el mito fundante que la sustenta. Casi todos los mitos fundantes señalan a un sacrificio que debió hacerse para pagar el precio de construir un ordenamiento del cual hoy todos se benefician. Por cuanto el beneficio de ese sacrificio es universal, se espera que los usuarios del orden establecido asuman una ética de sacrificio en bien del ordenamiento que les da sustento. Así, por ejemplo, se habla de los sacrificios a la patria, a la empresa, al partido, a la causa, ya que todos ellos son el resultado de la sangre vertida por un puñado de héroes visionarios que no alcanzaron en vida a recoger las semillas que estaban sembrando.

El sueño que ahora se persigue es el de la democracia. Los principios de igualdad y libertad que presupone la democracia necesitan instancias

⁷ Para este acápite reconozco mi deuda con Franz Hinkelammert en *El Retorno del Sujeto Reprimido*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, y “La Alteración de los Derechos Humanos en la Historia de Occidente: La Legitimación del Poder Por Medio de la Construcción del Asesinato Fundante,” capítulo 3 de *La Violencia Sagrada del Imperio: El Asalto al Poder Mundial*, Bogotá: Proyecto Justicia y Vida, 2003, páginas 122-190.

⁸ Citado en Horacio A. López, “El Documento de Santa Fe IV: La Estrategia Neocolonial del Imperio en el Nuevo Milenio,” en Colección Izquierda Viva, *Santa Fe IV en los Tiempos del Plan Colombia*, Bogotá: Ediciones Nuestra América, 2001, página 206.

⁹ Al respecto, ver la copiosa producción teórica de René Girard a quien debo este análisis. Destaco especialmente, *The Scapegoat*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1986; y *Violence and the Sacred*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1977.

institucionales que permitan su concreción y, por ende, que justifiquen su defensa en caso de que surjan agresiones contra ellas. En efecto, la segunda parte del Documento Santa Fe IV intitulada “Estrategia Económica” comienza advirtiendo que “la política económica de EE.UU. debe estar en relación con nuestro apoyo al régimen democrático.”¹⁰ El lenguaje del documento hace diferencia entre “gobierno” y “régimen” democrático. Se colige de la argumentación que el primero hace referencia a la democracia formal, que por ser fuente del clientelismo y la corrupción, ha dado pie a que la democracia representativa sea hoy objeto de descrédito y justificación de la reducción del papel que le corresponde jugar al Estado en la mediación política y económica. El “régimen” democrático, por su parte, se refiere a aquél ordenamiento que está “exento de excesivo control e injerencia gubernamentales.”¹¹ Sin embargo, el documento presupone la existencia en América Latina de un estatismo omnímodo (tipo estalinista) contra el cual hay que consolidar administraciones locales en la región que sean más afines a los propósitos de Estados Unidos,¹² los cuales se resumen en “comprar productos de EE.UU.”¹³ Por lo tanto, el régimen democrático sólo se diferencia del gobierno democrático en los intereses a quienes sirve. Este lenguaje describe, por una parte, una concepción muy particular de la democracia a construir y defender, y por la otra, establece la necesidad de la erección de instituciones que la conviertan en realidad concreta.

Es aquí donde se precisa recoger la comprensión de institución como ente de violencia que va a requerir violencia para su sustento. Habida cuenta de la nobleza del sueño democrático, sus respectivas instituciones demandan sacrificios que los ciudadanos con gusto deben ofrecer. Por estas vías se empiezan a justificar en el imaginario colectivo las exigencias de una economía de mercado: el desempleo es un sacrificio inevitable, igualmente la renuncia a subsidios y subvenciones, y por último el desdén a los derechos civiles.¹⁴

Se entiende que en este caso el vocablo *democracia* no comunica el ideal concebido antes de la hegemonía mercadocéntrica del neoliberalismo actual. Por el contrario, la democracia que se fundamenta en los derechos humanos, los derechos a la autoderminación de los pueblos, los derechos económicos,

¹⁰ Colección Izquierda Viva, *op. cit.*, página 108.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, páginas 99ss.

¹³ *Ibid.*, página 110.

¹⁴ Tal es la ruta claramente delineada en casos como el colombiano. Las privatizaciones de los años noventa fueron los sacrificios que se les pidió hacer a los colombianos para que el país se modernizara y de esa manera se alcanzaran los sueños de la democracia liberal. Ya en el siglo XXI, y sobre todo bajo el régimen de Alvaro Uribe Vélez, los colombianos han renunciado a derechos como la presunción de inocencia, libertad de movilización, libertad de asociación y participación política porque el sistema exige más sacrificios para luchar contra los enemigos de la democracia.

culturales y sociales, y los derechos y deberes para con el medio ambiente,¹⁵ son vistos por el capital transnacional como obstáculos a la libre determinación del mercado. En consecuencia, uno de los resultados de la invención del enemigo es que se sacrifica, como chivo expiatorio, a quien en realidad sustenta los propósitos de paz y prosperidad, esto es, la democracia política cuyos

“ideales centrales... se resumen en los siguientes: facilitar un involucramiento político activo de la ciudadanía; forjar un consenso político a través del diálogo; diseñar e implementar las políticas públicas que fundamenten una economía productiva y una sociedad saludable; y, en las versiones igualitarias más radicales del ideal democrático, asegurar que todos los ciudadanos se beneficien de la riqueza de la nación.”¹⁶

En lo que respecta a América Latina, la invención del enemigo por parte del imperio hizo del comunismo el mal a perseguir. Una vez desaparecida la instancia que al imperio le pareció la concreción histórica de la utopía comunista, esto es, la Unión Soviética, su manufactura iconográfica siguió construyendo enemistades en nichos que, como el narcotráfico, eran asuntos de acción policial dada su naturaleza delictiva. Conviene de todas maneras insistir en que la invención de un enemigo no es posible si primero no se aclara la institución u ordenamiento en cuya defensa hay que sacrificar todos los recursos y derechos disponibles. Así, entonces, el narcotráfico es enemigo en la medida en que se le presenta con la capacidad para subvertir el orden, tal como en el pasado los estadounidenses retrataron a los rusos, los nazis y cristianos de toda la historia a los judíos, los judíos de hoy a los palestinos, y Estados Unidos a los musulmanes que no se adecuan a los patrones occidentales.

Ya se insinuó arriba que la democracia se convierte en la primera víctima de esta lucha por capturar imaginarios. El resultado de la invención de un enemigo se traduce en el establecimiento de una nueva sinonimia, a saber: democracia = régimen de mercado libre. De aquí deviene otra nueva víctima, y es el mismo tejido y dinámica sociales. Una vez se iguala la democracia al mercado libre, paradójicamente se introduce una ruptura entre mercado y sociedad como si fuesen dos realidades antagónicas que se excluyeran mutuamente. Para los neoliberales puros, de los cuales quedan muy pocos como Domingo Cavallo (Argentina) y Rudolf Hommes (Colombia), la sociedad es un estorbo para el mercado. En efecto, el régimen del mercado libre a

¹⁵ A la hora de hablar de derechos conviene tener en cuenta la historia de los derechos humanos que queda brevemente descrita en la rápida lista de derechos que aquí ofrezco.

¹⁶ Archon Fung y Erik O. Wright, *Democracia en Profundidad: Innovaciones Institucionales en un Gobierno Participativo con Capacidad de Decisión*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003, página 3.

ultranza sacrifica la sociedad en la que se sustenta, como ha quedado constatado en la América Latina de los noventa y como lo advertían los críticos del neoliberalismo. Sin embargo, las posturas moderadas que rigen hoy día siguen perpetuando un divorcio que proviene paradójicamente de la ecuación democracia = mercado libre. El neoliberalismo de segunda generación en América Latina insiste en distanciar el ámbito de lo económico del ámbito de lo político, lo cual es notorio en casos en los que, por ejemplo, una Corte Constitucional se pronuncia en contra de alguna reforma tributaria que atenta contra los principios de un Estado social de derecho. Corte Constitucional y rama ejecutiva, o autoridad de un banco central se enfrentan como si las dos esferas no se demandasen mutuamente. De otra parte, las recientes reformas económicas no contemplan la democratización de los medios de producción, sino que por el contrario se sigue buscando la concentración de la riqueza, no obstante la pobreza galopante en el continente. Por tal razón, la producción económica se organiza de tal manera que no le da cabida a dinámicas culturales y sociales, ya que se cree juntamente con Santa Fe IV que “lo que necesita América Latina es empleos y producción.”¹⁷ Si bien el ingreso es una necesidad apremiante, se pasa por alto que esa postura es en sí política ya que se trata de un esfuerzo por evitar que en la región la sociedad se dinamice a partir de lo cultural, tal cual sostenía Gramsci y reconoce Santa Fe IV.¹⁸ El documento admite que no es conveniente para los intereses de Estados Unidos que en la administración se hagan presentes ideólogos.

En síntesis, la creación de un enemigo y el sacrificio en aras de las instituciones forman parte de la columna vertebral de la estrategia bélico-mercado-céntrica de control imperial. Esta manufactura iconográfica cobró un sentido más vigoroso después del advenimiento fraudulento de George W. Bush a la presidencia de Estados Unidos. El 11 de Septiembre no es el punto de quiebre histórico sino el símbolo del paradigma que se apoderó de un poder local (Estados Unidos) con miras a hacerse al poder mundial. De igual manera, George W. Bush no puede ser visto como emperador, sino más bien como la figura pública, la metonimia de un aparato poderoso y complejo representado en la industria petroquímica, que a su vez es indicadora de una red que incluye la producción y comercialización de armas, las comunicaciones y la investigación genética.¹⁹

Desde el comienzo mismo de su gestión pública, el régimen Bush dejó en claro sus intenciones de sofisticar la manufactura de enemigos. Un día después

¹⁷ Colección Izquierda Viva, *op. cit.*, página 111.

¹⁸ *Ibid.*, página 102.

¹⁹ Pradip N. Thomas, “Digital Cohabitations: The Social Consequences of Convergent Technologies,” en *Media Development*, Vol. XLX, 2/2003, página 8.

de posesionarse Bush, Dick Cheney estaba en Calgary (Canadá) arrancándole a los petroleros canadienses de la provincia de Alberta el monopolio de la explotación de ricos yacimientos de gas. Tan pronto se firmó el acuerdo, esto es, dos días después de su posesión, George W. Bush anunció al Congreso de su país su plan de construir un escudo galáctico de defensa. La razón que invocó, que no fue aceptada por su auditorio, fue el terrorismo internacional, que para entonces era un tanto difuso al carecer de ubicación geográfica.²⁰ El 11 de Septiembre satisfizo esa necesidad, y desde entonces hemos visto a un imperio empeñado en su tarea de construir enemigos terribles cuya derrota demanda incursiones militares a países extranjeros, expediciones a Marte, apropiación de hidrocarburos, tratados de libre comercio, restricciones a la movilidad de la gente, satanización de la oposición y reducción de libertades civiles.

Este breve recuento busca poner en contexto lo que sería una realidad un año más tarde cuando Bush logró el consenso general alrededor de su propuesta de lanzar una cruzada contra un enemigo que adquirió dimensiones mundiales. El terrorismo internacional viene siendo la amenaza para la institución de la democracia cuya defensa exige todo tipo de sacrificios. Sin embargo, la proyección de esos monstruos tiene una historia más dilatada en la estrategia imperial de dominación mundial. Diez años antes, la Guerra del Golfo había ya inaugurado una nueva era monopolar que consideraba como subversión la defensa de los derechos humanos. “El movimiento por la paz fue denunciado como el verdadero peligro, la guerra de ahora en adelante (era) la ‘guerra para la paz’... único camino realista de asegurar la paz.”²¹ Así, entonces, la manufactura de un enemigo genera la unidad que es necesaria para adelantar una campaña de “toma por asalto del poder mundial”²² como lo estamos viendo hoy en día.

No es de extrañar que la proyección del terrorismo como la gran amenaza internacional reproduzca monstruos más pequeños a niveles regionales. En lo que corresponde a América Latina, la administración del presidente colombiano Alvaro Uribe está jugando un papel significativo en ese sentido. A fin de aglutinar la unidad nacional en derredor suyo (que lo sigue consiguiendo a juzgar por las encuestas que él mismo contrata), Uribe presenta el narcotráfico

²⁰ A la sazón yo residía en Toronto, Canadá, y fui testiga de este histórico acuerdo entre Estados Unidos y la provincia de Alberta que no fue debidamente registrado por los medios. El orden jurídico canadiense no obliga a las provincias a consultar con el gobierno federal sus acuerdos comerciales con países extranjeros, de tal manera que acuerdos como el celebrado con Cheney se ajustan a la norma. La provincia de Alberta posee inmensos yacimientos inexplorados de hidrocarburos e históricamente ha asumido posturas políticas conservadoras que la han hecho merecedora del título “la Texas de Canadá.”

²¹ Franz Hinkelammert, *La Violencia Sagrada del Imperio...* (op. cit.), páginas 196-197.

²² La expresión es de Franz Hinkelammert.

como la versión local del terrorismo de Osama Bin Laden²³ y busca de esa manera promover la unidad de la Región Andina en torno a los propósitos de la creación de un área continental de libre comercio. A fin de demostrar que, en efecto, el narcotráfico es una amenaza real, su gestión del Plan Colombia lo ha llevado a extender el conflicto colombiano a los países vecinos, de lo cual Ecuador es la víctima más directa.

Así como se señalaba arriba que la creación de enemigos erosionaba las bases de la democracia, se puede sostener ahora que a nivel local, la manufactura de monstruos contribuye a una invención de la realidad que sirve a los propósitos de dominación imperial. En el caso colombiano, los conflictos sociales, políticos y económicos, de los cuales las guerrillas son un síntoma, se reducen a problemas inanes de orden policial. Esto es, la existencia de un conflicto largamente sostenido es ahora el resultado del narcotráfico cuya destrucción garantizará la paz con justicia social que demandan todos los sectores. Esta lectura del problema a nivel local permite dilucidar lo que sucede a nivel global. En forma similar, el terrorismo en tanto monstruo creado por el imperio sirve para ocultar las pretensiones de dominación mundial del imperio en cuestión. Derrotado el terrorismo, se habrá asegurado la paz, esto es, la dominación imperial del mundo entero.

Este procedimiento puede sonar confuso cuando se trata de exponerlo argumentativamente. Sin embargo, el peso de su concreción histórica se hace sentir en las condiciones de vida de pueblos enteros. La sofisticación a la que ha llegado la creación de monstruos en estos días, sean narcoguerrillas o terroristas de piel oscura, sigue los terrenos de la *reificación* de la realidad a la que ya nos están acostumbrando la cantaleta posmoderna y la depuración de la industria de la publicidad. Por *reificación* se quiere decir “la aprehensión de los fenómenos humanos como si estos fueron objetos, es decir, no humanos,” o quizás suprahumanos.²⁴ La manufactura de la realidad, y en el caso que nos ocupa, de la realidad a partir de monstruos a destruir, alcanza tal independencia que incluso llega a olvidar sus orígenes y se suelta de las amarras de la realidad concreta y de quienes la crearon. Al decir de Jean Baudrillard, el distanciamiento de la realidad creada en relación con la realidad concreta es tal que a estas alturas “el mapa antecede al territorio.”²⁵ El monstruo es el icono a destruir y su manufactura sigue la ruta que Baudrillard, hablando en otro

²³ Durante la reunión de mandatarios latinoamericanos celebrada en Quito en los mismos días en que Estados Unidos inició sus ataques a Irak, Uribe demandó que esa misma fuerza internacional se desplegara en las costas colombianas por cuanto la guerrilla era más peligrosa para el orden internacional que el régimen de Hussein.

²⁴ Peter Berger y Thomas Luckmann, “The Dehumanized World,” en Walter T. Anderson, *The Truth About the Truth: De-confusing and Re-constructing the Postmodern World*, Nueva York: Tarcher/Putnam, 1995, página 36.

²⁵ Jean Baudrillard, “The Map Precedes the Territory,” en Walter T. Anderson, *op. cit.*, página 79.

contexto, discernió para la imagen como simulacro (no representación) de la realidad:

- “- es el reflejo de una realidad básica
- enmascara y pervierte una realidad básica
- enmascara la *ausencia* de una realidad básica
- no tiene relación alguna con ninguna realidad: es el puro simulacro de la realidad”²⁶

En forma un tanto similar, el imperio crea monstruos que en una primera instancia hablan de una realidad básica y concreta a intervenir. Sin embargo, aquí se debe insistir en un dato que Baudrillard no toma en cuenta, el cual consiste en que el imperio mismo se encarga de describir esa realidad básica para de esa manera hacer surgir un monstruo de sus entrañas. Esos imaginarios monstruosos se van distanciando de la realidad básica en la medida en que el centro de poder va clarificando sus pretensiones totalizadoras. Al no tener relación alguna con la realidad básica adquieren la autonomía que les permite desechar toda necesidad de que su presencia sea justificada. En otras palabras, *reifican* la realidad y, por lo tanto, la deshumanizan. Tal es la estatura que hoy han alcanzado el terrorismo (no el de Estado) y las narcoguerrillas, en cuya lucha el valor humano pasa a un segundo renglón. De esta manera, la concreción histórica de la manufactura de monstruos se convierte en realidad opresiva para los pueblos dominados por el dominador mundial. Las luchas de los pueblos queda desvirtuada ya que los monstruos han deshumanizado la realidad despojándola de todo rasgo de “realidad real.” Se instaura así una ética política de lo virtual que condena toda acción por la defensa de la vida, los derechos humanos y la búsqueda de la paz.²⁷

Militarismo y mercados globales

Si la realidad se explica en términos de monstruos a destruir, la lógica demanda que las acciones a seguir sean de orden militar así la finalidad no lo parezca. Al igual que en los tiempos antiguos cuando las caravanas de mercaderes atravesaban los desiertos debidamente flanqueadas por ejércitos protectores, la actual pretensión de dominación mundial lleva al imperio a empujar sus ejércitos con el fin de asegurar los mercados.

²⁶ *Ibid.*, página 81 (énfasis en el original).

²⁷ Peter G. Horsfield, “The Ethics of Virtual Reality: The Digital and its Predecessors,” en *Media Development*, Vol. XLX 2/2003, páginas 48-60.

Sin duda las guerras contra Afganistán e Irak siguen esa lógica, únicamente negada por la opinión pública estadounidense. Simulando a los imperios de antaño que extendían geográficamente sus dominios, Estados Unidos se ha dedicado a repartir el botín que es Irak entre las empresas transnacionales que apoya y de cuyo apoyo vive. Aquí se da un mecanismo diferente al que se creyó iba a marcar la pauta después del derrumbe del mundo bipolar a finales del siglo XX. La implosión de la Unión Soviética permitió el advenimiento de al menos dos actores importantes. Por una parte, se puso de moda la “sociedad civil,” tan manoseada en América Latina. Este actor definió su perfil con relativa claridad en un contexto como el de Europa Oriental, que estaba dominado por un estatismo asfixiante. La resistencia civil fue el factor clave para el derrumbamiento de las dictaduras afectas al régimen soviético, sin que esa transformación hubiese implicado derramamiento de sangre.²⁸

El otro actor lo constituyeron los bloques económicos. Se creyó que el derrumbe del muro de Berlín daría inicio a una era multipolar que diseminaría el crecimiento económico a lo largo de, por lo menos, tres centros: América del Norte y su TLC, Europa Occidental y el extremo Oriente con el protagonismo de Japón. Esfuerzos subregionales como el Mercosur confirmaban la dinámica multipolar, que aún no definía el papel que jugaría el mundo árabe. África estaba por fuera de los cálculos dado su prestigio de “continente no viable,” y Europa del Este se abría generosamente al modelo capitalista que no tuvo en cuenta el poder de las mafias locales ni la fuerza devastadora de los nacionalismos largamente reprimidos.

La multipolaridad no iba a durar mucho habida cuenta de la ambición por adquirir el poder mundial que empezó a evidenciar Estados Unidos. Su condición de uno entre pares no encajaba con su “destino manifiesto” de dominio global. Así lo dio a conocer Bush hijo cuando aseguró:

“Somos una fuerza militar sin paralelo, tenemos el derecho de actuar en todo el mundo para imponer la economía de mercado y garantizar la seguridad energética y podemos atacar a quien consideremos o a cualquier país que pueda convertirse en una competencia militar.”²⁹

La iniciativa de Estados Unidos en el mundo posterior a la llamada “Guerra Fría” ya se hizo evidente en la Guerra de Golfo liderada por Bush

²⁸ Michael Randle, *Resistencia Civil: La Ciudadanía Ante las Arbitrariedades de los Gobiernos*, Barcelona y Buenos Aires: Paidós, 1998, páginas 215-220.

²⁹ Citado en Franz Hinkelammert, *La Violencia Sagrada...* (op. cit.), página 9.

padre. Para entonces saltaron a la escena pública los famosos halcones que hoy manejan los hilos reales del poder. Los Rumsfelds, Powells y asociados al *American Enterprise Institute* (central de las multinacionales estadounidenses), convirtieron la guerra en la oportunidad para lanzar al mundo la idea de que Estados Unidos era ahora “el policía del mundo.”³⁰ De esta manera, quedaba archivado el mundo pluripolar pos “Guerra Fría” y Estados Unidos se lanzaba al asalto del poder mundial.

El debilitamiento de los dos mentados actores -sociedad civil y economía global multipolar- no significa que la pretensión monopolar estadounidense se instale fácilmente por consenso universal. Toda pretensión de dominación mundial siempre se va a encontrar con que el mercado está enraizado en la sociedad, cuyas dinámicas no son predecibles. En algunos lugares, la imposición del mercado libre sin las amarras de la dinámica social se está implementando por la vía de la reforma jurídica. La redacción de constituciones que subrayan a los actores privados (caso colombiano con la Constitución de 1991), la implementación de jurisdicciones alternativas (por ejemplo, tribunales de arbitramento que operan al margen de las cortes, caso Capítulo XI del TLC norteamericano), la reformulación del concepto de soberanía nacional que lo separa del de territorialidad, entre otros, son algunos de los mecanismos que se vienen aplicando en los países del Sur. Este abordaje jurídico, que cuenta con todo el respaldo del Banco Mundial y que los entendidos llaman “programas de ajuste estructural de segunda generación,”³¹ busca que el régimen de libre mercado cuente con las herramientas jurídicas que le permitan salirle al paso a las demandas de justicia social. O mejor dicho, son mecanismos que redefinen el concepto de justicia social para equiparlo a “derechos fundamentales del mercado.”

Sin embargo, no en todas partes están dadas las condiciones para que la égida del mercado se imponga a las dinámicas sociales por esas vías apacibles del discurso jurídico. Existen áreas en las que operan otras perspectivas del ordenamiento social que chocan con la tradición liberal de Occidente, como aquéllas donde rigen los diversos paradigmas musulmanes. En tales casos, la obsecuencia jurídica es reemplazada por la confrontación militar abierta. Los Balcanes fueron un primer ensayo de esta segunda modalidad. La combinación

³⁰ *The Globe and Mail*, un periódico sobrio y de centro derecha de Toronto, publicó al cumplirse un año de la Guerra del Golfo, un extenso reportaje a quien fuera embajadora de Estados Unidos en Kuwait durante el tiempo que antecedió a la invasión de Irak. El Congreso de Estados Unidos la había llamado a responder unos interrogantes sobre sus visitas a Hussein los días previos a la campaña del dictador iraquí en procura de anexar Kuwait a sus territorios. El reportaje daba a entender que Estados Unidos veía con simpatía las ambiciones de Hussein. Ni los cuestionamientos del Congreso ni el reportaje en mención trascendieron.

³¹ Esta es una discusión interesante que puede encontrarse sucintamente en textos como Julio Faundez, *et al.* (eds.), *Governance, Development and Globalization*, Londres: Blackwell Press, 2000.

de nacionalismos exacerbados y fanatismos religiosos justificaron una nueva modalidad de campaña militar a los que el mundo entero tendría que acostumbrarse: “las intervenciones humanitarias.” Esta región fue el tinglado en el cual los grandes midieron fuerzas. Como lo demuestra Wim Dierckxsens,³² el comportamiento de la Bolsa de Nueva York, que mantuvo sus índices altos mientras persistieron los bombardeos, inclinó la balanza a favor de Estados Unidos, con todo y que se trataba de una campaña mayormente europea liderada por la OTAN.

Dado que la región de los Balcanes no representa mercado alguno, la guerra allí librada se explica en el dinamismo que ganó el mercado mundial con las acciones que allí se adelantaron. Esta lógica es la que opera en el caso de Irak. No está en juego la creación de un mercado nacional iraquí (en realidad se destruyó lo que había), ni tampoco la incorporación de Irak al mercado mundial. Lo que se busca es que la dinámica conduzca a la hegemonía de un solo centro de poder económico, y por lo tanto político.

Esa es la amenaza que esconde la hegemonía de Estados Unidos en América Latina. El avance militar como antesala a la hegemonía económica se evidencia en la proliferación de bases militares a todo lo largo y ancho del continente. Así lo demuestran casos como las guerras centroamericanas de los años ochenta, que dieron como resultado la conquista definitiva del istmo.³³ La pacificación resultante se expresa hoy en el Plan Puebla-Panamá que pone el medio ambiente, las soberanías nacionales y los derechos de los ciudadanos al servicio del gran capital transnacional. De forma similar, el conflicto colombiano y su configuración dentro del Plan Colombia avanza por esa senda de apertura de mercados por la vía militar. Debe anotarse, en primer lugar, que este plan es una manifestación de “la *extra-territorialización* de la política norteamericana sobre nuestra nación... que pone en evidencia los intereses de fondo de ese país frente a Colombia y al conjunto de la región (andina).”³⁴ Por lo tanto, sus propósitos se ajustan a la profundización de la dominación de Estados Unidos en la zona andina,³⁵ los cuales se conjugan en la posibilidad de tener acceso

³² En su *Del Neoliberalismo al Poscapitalismo*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003.

³³ Cuando aún no era posible ubicar las guerras centroamericanas en cierta distancia temporal, ya varios observadores se percataban de que los intereses estadounidenses exacerbaban el componente militar como un paso previo a la dominación económica. Ver al respecto Gabriel Aguilera, *El Fusil y el Olivo: La Cuestión Militar en Centroamérica*, San José: DEI y FLACSO, 1989.

³⁴ Darío Fajardo, “El Plan Colombia en la Internalización de la Guerra,” en Jairo Estrada (compilador), *El Plan Colombia y la Intensificación de la Guerra*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, página 51.

³⁵ Este es un sueño largamente acariciado por la Casa Blanca. En 1968, el entonces joven asesor del Departamento para Asuntos Latinoamericanos de Estados Unidos, Myles Frechette, produjo un estudio que demostraba la importancia estratégica del altiplano boliviano y la cuenca amazónica para los intereses de su país. Este estudio se dio a conocer posteriormente, en 1993, bajo el título: “El nudo boliviano: Los caminos se desprenden del altiplano.” Tuve acceso a la publicación que hizo el ya desaparecido diario bogotano *La Prensa*.

irrestringido a recursos valiosos como la Amazonía, los yacimientos petrolíferos de Venezuela, etc. En este sentido, el Plan Colombia no sólo está a tono con las propuestas del ALCA sino con las últimas pretensiones del comercio internacional de asegurar las patentes y los derechos de propiedad para las investigaciones en torno al medio ambiente y los recursos naturales.

En efecto, la instalación de bases militares estadounidenses en el continente envuelven áreas de alto valor estratégico como la Amazonía (central de inteligencia en Iquitos, Perú, más la que se proyecta en el extremo nordeste brasileño), el Pacífico (bases en Manta, Ecuador, y Bahía de Málaga, Colombia) y la Patagonia (base en la región de Ushuaia, Argentina). Sin atravesar los meandros del delicado debate democrático, la instalación de esas bases hacen de la "propuesta" del ALCA un asunto ya dirimido que no admite ulteriores consideraciones. Como se anotaba arriba, a la usanza de tiempos pretéritos, el escuadrón militar ha antecedido a los mercaderes.

En síntesis, la estrategia bélico-mercado-céntrica del imperio evidencia la falacia del discurso imperante que pretende disociar el mercado de sus amarras políticas. La puesta en marcha de las ambiciones imperiales en América Latina ubican sus conquistas de mercados en el ámbito político, para lo cual la presencia militar sirve de refuerzo. A diferencia de otros lugares del mundo que se resisten al discurso jurídico de la tradición liberal occidental, en nuestro continente la avanzada militar va de la mano con las reformas jurídicas y la adecuación del paisaje político a la hegemonía del mercado.